

## PLACA DE CINTURÓN. AS CHÁS, OÍMBRA

A la luz de las recientes intervenciones en él acometidas, el «Conjunto Arqueológico de la Ceada das Chás- Castelo de Lobarzán» se ha desvelado como uno de los más relevantes yacimientos para el conocimiento de la historia de la comarca del Alto Támega transfronterizo entre la Prehistoria Reciente y la Edad Media.

Situado en un cerro con un amplio control visual sobre los valles de Búbal y Támega, el conjunto se compone de dos colinas –A Ceada (As Chás, Oímbra) y O Castelo (Vilaza, Monterrei)- más la vaguada entre ambos, con una línea de muralla que define un recinto de más de 5 ha.

Fuera de este espacio amurallado, y aprovechando los abrigos naturales que ofrecen las formaciones rocosas en las plataformas que lo rodean, la ocupación durante el Calcolítico fue intensa, con abundantes hallazgos materiales tanto cerámicos –los más numerosos con decoración incisa tipo Penha– como líticos, para constatar con el hallazgo de un fondo de cabaña en la plataforma N del conjunto su condición como lugar de asentamiento. Conviene, además, recordar los distintos paneles de pintura rupestre localizados en varios corredores del llamado «Penedo do Gato»: de tradición esquemática, en color rojo y elaborados sobre superficie granítica, reúnen características únicas en territorio gallego.

Tras un demorado período de abandono –del que no consta ocupación en la Edad del Hierro–, continúa la secuencia histórica de este espacio en la tardorromanidad y, más significativamente, en período germánico. Además de dos tumbas de estola en una pequeña necrópolis –que siglos más tarde se verá completada con dos sarcófagos en roca, uno de ellos de tipo antropomorfo–, varias de las estructuras localizadas que, por técnica constructiva y conjunto material, hablan de una ocupación en época visigoda. Con todo, es en la Edad Media que este recinto tendrá un nuevo esplendor, con la fundación de la fortaleza de Lobarzán.

Esta se enmarca dentro de la «repopulación» del valle del Támega; proceso de asimilación de las localidades de la comarca a las formas de poder institucional que, en esta tierra, se inician en fecha tardía, a finales del siglo IX. Desde este momento se irá organizando en «tierras», que supondrán la base de la estructura territorial y política de los siglos siguientes. Integrante de aquella mayor de la Limia, la tierra de Baronceli (documentada desde el año 931) articulará el valle del alto Támega, sin que fuese tampoco un espacio unitario, sino dividido en varias tierras menores, siendo las de mayor testimonio histórico las de Cabreira (Cabreiroá, Verín) y esta de Lobarzán, regida cada una por su fortaleza.

Lobarzán aparece por primera vez en las fuentes escritas en un documento del *Tombo de Celanova* redactado en 982. La fortaleza se estaría construyendo en simultáneo; un análisis de muestras orgánicas permitió datar la construcción de la muralla que envuelve el conjunto –para la cual se anuló una línea de muro

germánico– en el año 996. Arqueología y fuentes escritas van así de la mano, como testimonio del nacimiento de este recinto defensivo en el último cuarto de la décima centuria. Su creación habrá servido para una doble función: articular la tierra que regía –que abarcaba el margen occidental del valle del Támega, penetrando en territorio portugués hasta las inmediaciones de Chaves–, pero también para garantizar la defensa ante eventuales peligros externos. La cronología y características de la pieza aquí presentada remiten a este momento inicial de la fortaleza.

Su hallazgo aconteció en la primavera de 2024 en el paraje de la Boca do Souto, a unos 500 m al sur del Castillo, de la mano de José Antonio Quintas, quien contactó con el equipo de arqueólogos ante la constatación de que se trataba de una pieza de notable entidad. Consiste en puridad en un conjunto de dos elementos, ya que la placa fue localizada en compañía de un segundo objeto: un bolaño en piedra granítica que cabe interpretar como destinado a proyectil de honda por sus dimensiones (5 cm de diámetro) y al hecho de estar notablemente pulido para alcanzar una forma casi perfectamente esférica.

El componente principal del conjunto es esta pieza metálica elaborada en bronce dorado, con unas dimensiones de 51 x 42 mm. Funcionalmente, parece corresponderse con una placa de cinturón, considerando la presencia de tres orificios circulares practicados en su lado derecho (de los cuales el inferior está deteriorado, por falta de material en ese punto); en el lateral izquierdo la pieza está incompleta e interrumpida a la altura del motivo decorativo, de tal manera que no se conserva el elemento que servía para el cierre. En una perspectiva técnica, presenta factura a molde, practicándose en el anverso los rasgos que caracterizan las figuras mediante incisión.

La pieza alcanza un alto nivel de calidad artística, con una representación muy minuciosa y naturalista de los elementos que constituyen la composición: una escena de equitación y cetrería en la variedad más prestigiosa de esta, la altanería, con recurso a halcón. Significativo es el tratamiento que reciben tanto el ave rapaz, que el jinete porta en su mano izquierda y de la que se aprecia perfectamente el plumaje, como el caballo. En este, el orfebre consiguió plasmar tanto la naturaleza del animal (con especial cuidado en la representación de la crin y de la cola) como la presencia de todos los aditamentos precisos para la práctica de la equitación, en que se cuentan arreos, bocado y estribos, además de distintos elementos ornamentales.

El jinete, porta en su mano derecha y más adelantada un elemento no identificado (tal vez un olifante o cuerno triunfal y algún tipo de disco; tal vez una representación de sol y luna). La figura humana, sin embargo, tiene tratamiento desigual: la vestimenta muestra un alto nivel de realismo (se aprecian los pliegues en la falda y las costuras laterales de la camisa, así como el remate en pico del cuello), contrastando con la representación facial muy esquemática, apenas

constituida por una serie de líneas incisas que marcan la nariz y la boca y unos ojos tallados en almendra.

Completan la decoración de la placa elementos vegetales que transmiten la idea de una escena de caza en la naturaleza, con la inclusión de arbustos de hojas lanceoladas en la pata trasera del equino y en la moldura derecha de la pieza. Por último, los espacios libres de composición llenan el vacío con un repujado minucioso.

A la calidad de la pieza la acompaña lo singular de la escena, con una actividad propia de la alta sociedad aristocrática o militar. La composición facial del jinete, por su parte, en absoluto puede atribuirse a la falta de pericia del orfebre (como lo demuestra lo minucioso de la representación de los restantes elementos) sino que ha de responder a una forma de tabú en la figuración humana. Sugiere esto un origen islámico para la pieza, en que se procura no tanto identificar un personaje específico como plasmar una imagen simbólica del gobernante.

No se conoce, para el ámbito islámico peninsular, ninguna otra representación de este mismo motivo elaborada sobre metal. Esta iconografía sí tiene paralelos en piezas de marfil, materialpreciado en que se tallaron escenas similares de caza ecuestre con cetrería para ornato de las paredes o tapas de arquetas o bien de recipientes cilíndricos – las conocidas como píxides–. Se atribuye a estas piezas un origen andalusí y, cronológicamente, una factura entre los siglos X y XIII, si bien para las representaciones más similares a la de esta placa –caso de la arqueta del monasterio de Leyre, o bien de la inventariada con el núm. 10-1866 en el Victoria&Albert Museum–, se apunta una elaboración en torno al año 1000 o incluso anterior.

Si bien debe imponerse la cautela –pues la pieza puede haber llegado a esta tierra por vía del testimoniado comercio de lujo con Al-Andalus–, esta cronología amirí y el hecho de que junto a la placa fuese localizado el proyectil de honda alimenta la tentación de trazar una línea recta que una ambos datos a algún tipo de contexto bélico, vinculándolos a las incursiones musulmanas conocidas para el noroeste peninsular, con destaque para las protagonizadas por Almanzor. Las tropas andalusíes habrían llegado, conforme esta hipótesis, ante los muros de una fortaleza de Lobarzán erigida apenas décadas antes.

Sea como haya sido, el recinto amurallado sobrevivió a este episodio e incluso a la fundación de Monterrei en 1260, y alcanzó las últimas décadas de la Edad Media. La nueva población instituida por el rey Alfonso X pasará a ser cabeza de tierra y aglutinar en ella las instituciones de poder –caso de jueces o notarios– pero el antiguo castillo de Lobarzán no solo se mantendrá en pie sino que incluso será reformado en el último tercio del siglo XIII. Fueron reconstruidas en ese momento la torre y la muralla que rodea el patio de armas, plataforma de 1160 m<sup>2</sup> en la que destaca un edificio singular de historia prolongada: construcción romana del siglo I d. C. –una posible torre de vigilancia–, recibió un pavimento aislante interno en

época visigoda –a fines del VII– para finalmente ser incorporado al castillo medieval con la función de depósito de aguas pluviales.

Aunque su fundación antecedió en siglo y medio a la independencia portuguesa, esta última fase debe vincularse con la actividad en la frontera. La creación de Monterrei y Oímbra tuvo respuesta del rey portugués: Alfonso III dio privilegios a Santo Estêvão de Chaves (poco después beneficiará a la propia ciudad flaviense) y fundará Monforte de Rio Livre y Montalegre. La situación estratégica de Lobarzán motivó, en este contexto, su reforma para refuerzo de la raya en el valle del Támega.

El final de la fortaleza llegará con los conflictos sucesorios al señorío de Monterrei, siendo destruida en los litigios entre Xoán y Pedro de Biedma en la década de 1460 para nunca más ser reedificada. Termina así el recorrido de este conjunto arqueológico, en cuya larga y atribulada historia la presencia de esta placa de cinturón añadió una nueva y significativa página.